

Manifiesto del Arte que Falla

ANDRÉS ARIEL RUBIO LAVÍN

El arte está roto. Y qué bien.

Se ha roto contra las vitrinas, contra los discursos reciclados, contra los límites que lo querían puro, funcional, presentable.

El arte ya no cabe donde antes cabía.

Y eso no lo debilita. Lo libera.

Está en crisis, sí, como todo lo que vale la pena revisar. Como todo lo que sigue respirando.

Porque el arte no es un objeto. Es una tensión. Una sospecha.

Un latido entre ruinas.

El arte falla.

Y fallar no es morir.

Fallar es insistir por otra vía.

El arte cómodo ya no nos alcanza.

Durante mucho tiempo, el arte supo agradar. Supo quedarse quieto en los muros, supo callarse en las vitrinas, supo complacer miradas ajenas.

Ese arte supo cómo funcionar.

Y por eso, perdió algo.

Hoy me interesa el que no encaja. El que interrumpe. El que no quiere decorar nada.

Ese que raspa, que abre, que se encarna.

El que no grita lemas, pero tampoco se esconde.

El que piensa, molesta, falla, incomoda.

No me interesa el aplauso.

Me interesa la incomodidad que deja una buena herida.

Todo arte nace en contexto.

No hay neutralidad. No hay afuera.

Cada obra viene con sus huellas, con sus estructuras, con sus ideologías incrustadas.

Incluso la más íntima. Incluso la más mínima.

Como plantea Irmgard Emmelhainz, el arte puede reconfigurar lo sensible.
Como señala Rancière, puede desordenar lo que parecía dado.
Eso es político, aunque no parezca panfleto.

No se trata de educar.
Se trata de mover.

De hacer que alguien —una persona, al menos— mire de otro modo.
Sienta distinto.
Recuerde algo que no sabía que sabía.

En México, el arte no puede hacerse el distraído.

No se puede crear como si no hubiera lodo bajo los pies.
Como si el acceso al arte no fuera aún un privilegio, una rareza, un lujo.
Aquí, donde las desigualdades se sienten en el cuerpo, no podemos seguir fingiendo
universalismos.

El arte no puede seguir hablándole solo a quienes ya lo entienden.

Tiene que salir.
Bajar del pedestal.
Enlodarse.
Caminar con polvo, con furia, con contradicción.

La crítica también ha fallado. Y eso la hace interesante.
Ya no se trata de definir estilos. Ni de encerrar lo contemporáneo en una caja limpia.
Lo contemporáneo, como dice Cuauhtémoc Medina, ya no tiene forma fija.
Y eso está bien.

Porque ahí, en el desorden, en lo inestable, hay potencia.

La crítica no debe ser tribunal.
Debe ser grieta.
Puente.
Escucha.

Queremos otro arte

No un arte elitista, ni hermético, ni críptico por deporte.

Queremos un arte situado, que mire el lugar desde donde habla.

**Que escuche antes de representar.
Que colabore. Que se contradiga.
Que sea poroso, afectivo, incómodo.**

Como escribió Cixous: *“Escribir con el cuerpo. Y el cuerpo no miente.”*

El arte también es cuerpo.

Y todo cuerpo en el mundo es político.

El “yo” también puede ser colectivo.

No hay vergüenza en hablar desde lo vivido. Desde lo vulnerable. Desde lo fragmentado.

La autoetnografía, como dice Jillian Tullis, no es mirarse solo el ombligo.

Es una vía para vincularse. Para mostrar que la carne también piensa.

Escribir desde el cuerpo, crear desde el cuerpo, es abrir camino hacia lo común.

No todo arte debe ser confesión.

Pero sí debería ser encarnado.

Sentido.

Presente.

La estética sin ética es solo oropel.

El arte que me interesa tiene preguntas, no respuestas.

Ese arte que duda. Que se equivoca. Que no tiene manual.

Que falla.

Que se permite no saber, pero sigue buscando.

Ese arte introspectivo, sí, pero no aislado.

Que explora el dolor, el deseo, la rabia y la ternura.

Y regresa a la sociedad con más preguntas que antes.

Ese que no tematiza las cosas urgentes, sino que las activa.

La pobreza, el extractivismo, la violencia, la devastación ambiental.

No como tópicos, sino como memoria.

Como presencia viva.

Un arte que no representa.

Un arte que *se vuelve canto ritual*.

El arte no es salvación. Pero es posibilidad.

No va a salvarnos. No va a arreglar el mundo.

Pero puede hacernos recordar que hay otras formas de vivirlo.

Puede abrir una rendija. Una grieta. Una fisura.

Eso ya es mucho.

No hay una sola manera de crear.

No hay una sola voz.

No hay una verdad última.

Lo contemporáneo es fragmento, es mezcla, es inestabilidad.

Y en eso está su fuerza.

Rechazo el arte que se mira a sí mismo y se aplaude.

Reivindico el arte que se fuga, que colabora, que se arriesga.

Y, sobre todo, que se permite fallar.

Llamamiento

A quienes crean:

Que no olviden que su obra tiene cuerpo, eco, historia.

Que no creen desde la obligación, sino desde el deseo.

Pero sabiendo que todo deseo también carga memoria.

A quienes enseñan:

Que no repliquen jerarquías.

Que abran el espacio para el error.

Para la ternura crítica.

A quienes miran, coleccionan, consumen arte:

Que se pregunten quién queda fuera.

Y si están dispuestos a mirar con otros ojos.

A quienes escriben sobre arte:

Que no sean jueces.

Que sean puentes.

O grietas.

Y a mí, a ti, a nosotros:

No dejemos de crear.

No para adornar.

Sino para desarmar. Para abrir. Para imaginar.

Porque el arte no es lujo.

Es derecho.

Es urgencia.

Es memoria.

Es cuerpo.

Es falla.

Creamos para no desaparecer.

Creamos para no olvidar.

Creamos para existir de otra manera.

REFERENCIAS

- Tullis, Jillian A. “Yo y los otros. La ética en la investigación autoetnográfica”. En *Handbook of Autoethnography*, 2013.
- Montero, Daniel. “Algunos apuntes sobre 'lo contemporáneo' en la crítica de arte en México”, 2018.
- Medina, Cuauhtémoc. “El regreso de los mutantes”, 1994.
- Emmelhainz, Irmgard. “Política y estética: dislocaciones desde el arte contemporáneo en México”, 2016.
- Chávez, Helena. “Hacer política desde la práctica estética”, 2009.
- Cixous, Hélène. *La risa de la medusa*, 1975.